

## Los enemigos de la libertad económica

Por

**Jorge A. Sanguinety**

Con la victoria demócrata en el Congreso de Estados Unidos se levanta el espectro del proteccionismo, una forma de reducir las libertades económicas de los países con consecuencias negativas para muchos y grandes ventajas para unos pocos. El proteccionismo, un mal endémico que afecta a las sociedades desde tiempos inmemoriales, es esencialmente una manera de reducir las libertades económicas de las mayorías mediante restricciones al comercio, bajo el pretexto de que se combaten ciertas tendencias perjudiciales en una economía. Los ejemplos son muchos, pero unos pocos ayudarán a la lectora o lector a comprender el problema. Uno de los casos típicos es cuando se aplica una tarifa a un bien de importación con el objetivo de elevar artificialmente su precio, a un nivel tal que no pueda competir con el producto nacional y así “proteger” la industria de la competencia extranjera. Además se “protegen” los empleos generados por esa industria, el ingreso de los trabajadores e inversionistas y el nivel de vida de las familias correspondientes. Puede que efectivamente sin la tarifa la industria no se pueda mantener si el precio del bien importado es lo suficientemente bajo, de ahí la supuesta necesidad de protegerlo contra la competencia “desleal” (término falaz favorito de los proteccionistas) del extranjero.

¿Y qué hay de malo en tal protección? Si se reduce o elimina la tarifa, los consumidores obviamente comprarán el bien importado porque ahora es más barato. El producto nacional no se venderá, lo que pudiera causar la quiebra de la industria correspondiente y, finalmente, el despido de sus trabajadores y la ruina de los inversionistas y empresarios correspondientes. Y así se oírían las denuncias de los afectados y sus representantes.

Pero, ¿serán válidas las acusaciones? Veamos el otro lado de la moneda proteccionista. Al aplicar una tarifa, se distorsiona el precio del bien afectado. Su efecto negativo más directo y fácil de observar es que los consumidores de ese producto tienen que pagar ahora un precio más alto. Su libertad de escoger un producto equivalente a un precio más bajo ha sido reducida o simplemente eliminada. Pero eso no es todo. La tarifa provoca una reacción en cadena tan larga que la mayor parte de los ciudadanos la pierden de vista. Por ejemplo, el competidor extranjero del producto protegido, al perder la libertad de venderlo en ese mercado, devengará menos ingresos, producirá menos cantidades y empleará menos trabajadores. Por lo tanto ni él ni sus trabajadores tendrán la misma libertad de comprar los productos que exporta el país proteccionista.

Seguimos con la reacción en cadena. ¡Paciencia lectoras y lectores! Todo lo anterior conlleva a que los exportadores del país proteccionista tendrán menos libertad para vender en el exterior, por lo tanto ganarán menos, ofrecerán menos oportunidades de empleo y las familias de sus trabajadores tendrán un menor nivel de vida. Y encima de

esto, los inversionistas del país que comenzaron la guerra proteccionista invertirán en la producción del bien protegido, pues la tarifa ha hecho que esa rama industrial sea artificialmente más lucrativa que otras. ¿Cuáles? Pues las exportadoras que ahora no tienen la misma oportunidad de exportar porque la protección ha empobrecido a los productores y compradores extranjeros de nuestros productos.

Y en este fandango, ¿quiénes ganan y quiénes pierden? Pues los que ganan son muy pocos: los inversionistas de las empresas cuyo producto está protegido de la competencia extranjera y sus respectivos trabajadores, (aunque estos últimos pueden ser perdedores de última instancia por que no tienen oportunidades de trabajo en empresas competitivas). Y los que pierden son muchos tanto en el país proteccionista como en el extranjero. En el país proteccionista pierden como consumidores como apuntamos arriba y como trabajadores porque se enfrentarán a un número menor de empleos también con menor remuneración por la actividad exportadora disminuida.

La imposición de tarifas es sólo una de las formas en que se practica el proteccionismo. Otra muy extendida en Estados Unidos y en países de la Unión Europea es la aplicación de subsidios a ciertos productos, típicamente de origen agropecuario. Los subsidios son financiados por los gobiernos, pero con el dinero que le sustraen a los contribuyentes mediante toda suerte de impuestos. Lo que logran es bajar artificialmente los precios de los productos comprendidos (otra manera de distorsionar los precios) para poder competir en el extranjero en condiciones privilegiadas. Generalmente, los gobiernos extranjeros defienden a sus productores con tarifas, lo cual es parte de una forma de guerra comercial donde, de nuevo, unos pocos ganan, y muchos pierden.

En este punto es necesario advertir que el tema de la libertad de comercio se enreda sobremanera. Incluso para el ojo del economista entrenado y experto en las cuestiones del comercio internacional, el análisis se hace hartó difícil por la complejidad de las redes comerciales que se han ido desarrollando en el mundo y la multiplicidad de productos, formas de intercambio, maneras de financiamiento y alto número de leyes y tratados comerciales. Lo que el ciudadano alerta debe tener en cuenta es que los argumentos teóricos y la evidencia empírica disponibles demuestran hasta la saciedad que la libertad de comercio es esencial para el progreso humano. Restringirla artificialmente sólo sirve a intereses particulares en detrimento de las mayorías.

Washington, D.C., 14 de noviembre de 2006